

Versaciones de un chupaplumas

Sin acertar, por cierto

[1]



y de un humor horrible — me sentí inclinado a imaginar a la vista de cómo entraba por la puerta sin besar a los niños, ni decir buenas tardes, y dando sí un portazo con los cabellos



chorreantes y gruñendo “¡asco de lluvia!” —, a reconocer ni la estancia que debería serle tan familiar como la palma de su mano o como el par de adorables querubines a los que miró con extrañeza preguntado, dejándose caer sobre una silla, “¿y estos niños quiénes son?” para añadir,

sin aguardar respuesta, que qué vida tan aperreada le había tocado vivir, y que si no había en aquella casa un poco de café, y “¡qué harta estoy!” y, a mí, que ya me podía ir largando porque detestaba, aborrecía, le daban cien patadas los tipos como yo...

Ah... Y que eso del *par de adorables querubines* — “entérese cantamañanas cursi del carajo”, gritó — y una mierda... “¡Pero, hombre, por favor!”.

Y que qué se habría creído *este imbécil*; es decir: yo.

□

Que habría sido una forma no menos airosa que cualquier otra de terminar pero yo, que siempre he sido un imbécil — en eso **ella tenía toda la razón** de este mundo aunque en otras muchas cosas pudiera estar equivocada o por lo menos no poco confusa por culpa, entendí¹, del conflicto emocional en que se hallaba inmersa por causa de la tormentosa e

¹ muy mal, por cierto, pero, **como luego explicase el señor Ramírez**, era comprensible y había que disculparme porque, argumentó, cuando uno se obceca y se empeña y se empecina en dar por bueno (“o por malo, en este caso”, quiso puntualizar pero, ya digo, al mocoso se le daban las pajaritas de perlas pero en lectura iba muy retrasado) que aquello que uno piensa es como lo está viendo o viceversa se ve expuesto a, aun sin quererlo ni desearlo, caer **cuando menos en engaños** que cobran carta de naturaleza sin el menor fundamento.

Versaciones de un chupaplumas

Sin acertar, por cierto

[2]

ilícita relación que, según mi madre y que por cierto Lola ya me ha advertido de que se la llevan los demonios cuando se mete en su terreno, mantenía con aquel tipo maduro del traje azul, tan bien plantado —, me quedé ahí, allí, con cara de tonto delante de la puerta cerrada de un golpe y la garganta seca frente a él, que me mira con cara de no comprender porque, fuera por cualesquiera de las diversas variopintas circunstancias aleatorias que pudiéranse por ventura o desventura terciar, o por cualquier otra que no acertase yo a prever, la continuación se negó a no discurrir por alguno de los cauces que tenía yo más o menos tanteados como del todo intransitables sino por uno nuevo, distinto e impensado aunque no menos extravagante, desde luego, como el que la señora de Ramírez hijo descubrió cuando, removiendo el azúcar del café que le había servido la señora de Ramírez padre, tuvo la extemporánea, descabellada ocurrencia, de — ante el estupor de los pequeños, y de los mayores, y del pudiéramos llamar “intermedio” porque Ramírez era un hombre de estatura normal, ni alto ni bajo — saltarse todas las normas de la urbanidad y de la elegancia y del decoro soltando, de sopetón y a bocajarro, que... ¡qué caramba!, que por qué no... *¡verdad!* — y se reía, muy contenta, mirándolos a todos de uno en uno en demanda de una aprobación que por qué no iban a darle... *¡qué bobada!* —, por qué no cuando era algo que le venía rondando por la cabeza y... *bueno*, dijo, encogiéndose de hombros y poniéndose con resolución en pie para, llegándose al menor de los niños — entretenido, tal vez por la admiración y el cariño que profesaba al abuelo, en hacer una pajarita de papel —, acariciarle amorosa los cabellos y declarar “¡pero si sois mis hijos!” y añadir que qué estupideces tan sin sentido se dicen a veces, *en algún momento hay que tomar decisiones y este no es ni mejor ni peor que cualquier otro para invitarlo... no ya, por supuesto, a degustar uno de esos deliciosos platos en los que mi marido le habrá dicho soy tan diestra, pero sí a que... En fin, basta ya de rodeos: puede llamarme Sonia.*

— ¿“Puede llamarme Sonia”? — él, mi amigo, cuando al fin reaccionó.

— Sí.

— ¿dijo que la podías llamar Sonia?

Y se pone de pie, y camina hasta el ventanal y se queda, un rato, allí mirando los coches y las gentes y los escaparates del otro lado de la calle donde, recuerdo, novias de cartón piedra exhiben trajes blancos, sonrientes, inmaculados e impolutos contemplando, a salvo de *las primeras gotas de una lluvia gruesa, cómo las formas de las nubes se van modificando,*

Versaciones de un chupaplumas

Sin acertar, por cierto

[3]

inmóvil, *despacito*, indiferentes, *para dejar de ser el mapa de algún país en el que nun...*

– Eso es exactamente lo que dijo.

– ¿Estás seguro?

– ¡Y tanto que lo estoy!

– ¡Qué desfachatez!

– Y que por qué no... Además —. Le digo, porque quiero ser muy veraz, muy riguroso, ponerlo al corriente de los hechos puntualmente tal y como paso por paso van sucediendo.

– ¿Y que qué bobada?

– Exacto: tú lo has dicho.

– ¡Lo has dicho tú!

... ca estuvo y convertirse en un dragón rugiente amenazando, con su lengua de fuego, con obedecer no a ningún impulso o necesidad o convicción propia pero sí a algo monstruoso e irracional que embargaba su alma y, sacudiendo la cabeza, resolver moverse — pues ya he dicho que permanecía de pie, de espaldas, mirando inmóvil hacia la ventana —, no con mucha resolución pero sí la suficiente para abalanzarse sobre mí de improviso y, propinándome puñetazos y patadas, increparme y proferir nuevos insultos que, sólo por preservar lo que quién sabía para quién en medio de tanta confusión era tal vez un estilo que convenía salvaguardar de reiteraciones innecesarias — dijo, con enorme sequedad — me invitaba a omitir aunque, lo sabía... “¡porque te conozco, pedazo de cabrón!”, yo iba a hacer lo que me diese la gana.

– ¿Yo?

Y él que pues que claro y que quién si no.

Y que qué lástima de no tener más amigos que yo en los que haber podido depositar su confianza, y sus ilusiones, y sus esperanzas de hacer llegar a alguien a ser el escritor nuevo, distinto y diferente, que él no supo ser...

– ¿Y quieres saber por qué? — inquiere, endureciendo la mirada y agarrándome por las solapas² de manera que, los pocos clientes que no abarrotan el local³, aunque nos dediquen alguna mirada ocasional ni se

² Un poco al estilo Humphrey Bogart, se me ocurre, pero ya veré.

³ Me gustaría decir que había muchos, sentados a las mesas, en mangas de camisa y con sombreros echados hacia atrás o un poco ladeados, jugando al póker y

Versaciones de un chupaplumas

Sin acertar, por cierto

[4]

inmutan habituados, en estos tiempos en que todos pasamos ya de todo, a las escenas violentas...

– Sé muy bien por qué — respondo, obligándolo de un tirón a soltarme; y, sentándome de nuevo con mucho aplomo, le espeto a bocajarro —: ¡Porque eres un cobarde!

– Y tú — él a quemarropa — un chupatintas de mierda.

– ¿Yo un chupatint...?

– Tú, sí; tú, tú, tú.

Y que eso es lo que me pierde.

Y que tengo un sentimiento muy filmico de la vida; y que la vida es otra cosa y que yo tengo la mente muy deformada de ver tanto cine, por las tardes, matando las horas de cualquier manera porque soy un ser sin inquietudes ni ambición de superación ninguna que no sabe utilizar su tiempo libre...

Y, cuando ya tengo la boca abierta para contestarle algo que no se me está ocurriendo, me sonrío la suerte porque de repente él dice *continuará*.

–¿De veras? —más contento que unas pascuas porque, por los pelos, hoy me he salvado.

– De veras, sí. Continuará

(que ya veremos si de verdad continúa o si va a resultar o no)

Que lo escribí así, en rojo, adrede, para al manejar los papeles recordar que no quería correr más riesgos, ni cometer nuevas imprudencias, ni que nadie me pusiera la cara colorada ni una sola vez más; pero volví, a pesar de todas mis precauciones, a sentirme frustrado porque, contra lo que yo tenía previsto y planeado, él no me mira con cara de no comprender, ni protesta “¡Eso lo dirás tú!”, ni me da ninguna de las respuestas que no fuese yo capaz de imaginar que me daría mientras me fijaba en las manos del anciano porque se me ha olvidado, ido de la cabeza preguntarle aquello de que quién que no fuera un imbécil habría aceptado meterse en semejante lío.

Así que supongo que nos quedaremos callados, sin saber por dónde seguir, otra vez mirando por la ventana, pero sin que en esta ocasión se me

bebiendo whisky. Pero, no; el establecimiento está casi vacío, sin más concurrencia que tres señoras de edad enjoyadas, pintadas y teñidas que juegan al continental, que no es lo mismo...

Versaciones de un chupaplumas

Sin acertar, por cierto

[5]

ocurra echar cuenta de si los cristales están limpios o no; y sin dibujar redondeles ni casitas ni árboles, ni chimeneas ni humo ni... ¡Nada de nada!

La mañana, además, está siendo hoy muy tranquila aquí, en el ministerio, de manera que ni siquiera puedo refugiarme en mis aburridos expedientes y toda mi actividad se reduce a pensar, discurrir, tratar de hallar una pista, un indicio que me pueda orientar de en qué momento ni qué circunstancia propició que mi vida tranquila y apacible se torciera, cambiara su sereno transcurrir y me enfrentara con toda esta vorágine...

Miro el reloj y como veo que aún falta un rato largo para que den las tres me dedico a, por matar el tiempo, jugar con el abanico de las posibles causas que pudieron llevar a que la señora de Ramírez hijo — creo que de momento será mejor que la continúe llamando así, porque si estaba justo entrando por la puerta parece obvio que *puede llamarme Sonia* tuvo que decirlo después — llegase tan malhumorada y protestando de una lluvia que a pesar de que sus cabellos chorreaban yo no terminaba de ver porque, puedo recordarlo claramente puesto que habían pasado apenas unas horas, la tarde estuvo bastante despejada y ella, me parece estarla viendo, sentada en la butaca en la habitación que en los últimos días venía reconociendo como su pequeño cuarto de estar de siempre; mirando cómo las formas de las nubes se iban modificando para dejar de ser el mapa de algún país en el que nunca estuvo y convertirse⁴ tal vez en un dragón horrísono, rugiente y amenazante, arrasando, abrasando, reduciendo a cenizas con su lengua de fuego todo cuanto encontrara... en su camino.

Anda que qué mal humor tengo.

Luego bostezó y se excusó con el posible dragón, quizás, alegando que eso de imaginativa tan sólo era una suposición que a saber si de verdad había pasado por la mente de alguien o era visto cara a cara tan temible aunque fuese nada más como hipótesis con poco fundamento; o bostezó tan sólo sin haber recapacitado ni por un momento que fuera esto o lo otro o sin, incluso, haberse percatado de que estuviese existiendo, tan distraída y pensando en sus cosas.

De cualquier modo, se puso en pie.

Y se sabe que se acercó a la ventana para a la luz de la farola mirar el reloj si bien, como no dijo a nadie qué hora vio, se alberga una duda razonable al respecto y se sospecha únicamente que ya debía de haber caído la tarde.

⁴ Aunque sólo en el caso de que se fuese muy imaginativa. (Que está por ver).

Versaciones de un chupaplumas

Sin acertar, por cierto

[6]

¿Sentía pereza?

Cabe inferirse que sí puesto que era persona hogareña, en primer lugar; y, en lugares posteriores pero sin tener que desvivirse por establecer un orden riguroso:

a) porque no tenía costumbre de arreglarse tan tarde.
b) porque no sabía qué tenía que ponerse.
c) porque el único billete que tenía se le antojaba demasiado grande para el taxi.

d) porque había olvidado además el nombre de aquel sujeto y, encima, no habían concretado nada como quien dice acerca de los niños.⁵

A lo mejor recordaba, si se ponía en situación y era capaz de concentrarse, haberlos mencionado, haber dicho aunque de pasada y atenta a otro quehacer los estoy acostando; y podría recordar también, ya encarrilada, haber instado a aquel tipo a espérame, que iré en seguida, ya sabes que me expreso mejor en persona que a través de este aparato y con las manos manchadas de harina, oliendo además a pescado.

Pues porque dijiste: unos salmonetes.

—Nos estamos liando.

Querías unos salmonetes para cenar.

Resultaba obvio que eran pequeños⁶, que ya era algo.

No se decidía, sin embargo, a afirmar de manera rotunda nada en lo referente a cuántos. Y si es verdad que dio por hecho, de forma espontánea, que eran dos, no se podía descartar del todo la posibilidad de estarse equivocando. Y, además, tenía la absoluta certeza de ignorar si pertenecían al mismo sexo⁷.

En el dormitorio demoró el mirarse al espejo por temor a que el no sorprenderse de sí misma le causara la familiar sensación de extrañeza que la sumiría, como se había convertido en querencia, en un mar de dudas

⁵ Si es que habían llegado a hablar de los niños. (Comprobar)

⁶Ojo a no confundir con los salmonetes.

⁷ O cuántos, caso de que se estuviese tratando de los salmonetes — en cuyo caso la cuestión del sexo habría de obviarse —, serían necesarios (o “suficientes”) por ración.

Versaciones de un chupaplumas

Sin acertar, por cierto

[7]

agitadas, oscuras y embravecidas, que acostumbraba imaginar estrellándose contra las lunas del armario devolviendo o incluso vomitando una imagen ni más inadecuada ni más propia que cualquier otra para el fin que a alguien, en algún lugar, se le resistía una vez tras otra.

—Estoy harta — informó, a quien correspondiese, con la mirada en los dibujos de la alfombra — de no llegar jamás al final de algún camino.

Y se sintió rota en tantos trozos tan perdidos como los tiempos de todas sus vidas; mareada y con deseos de acostarse, así, sin ni quitarse la ropa que tenía puesta, ni cenar ni repasar las luces o si la puerta estaba bien cerrada, y dormir, mucho, todo lo que quisiera cuando qué ni quién podría impedirlo cuando nada ni nadie la apremiaba.

Pero, no. No se podía meter en la cama y hacerse un ovillo. Sería una irresponsabilidad de la que era muy poco probable que nadie viniese a pedirle explicaciones, eso ya lo sabía, pero temió que el solo hecho de pensar en cometerla la hiciera sentir una culpabilidad de la que ignoraba de qué manera acertaría a liberarse de una forma nueva.

Así que decidió no pensarlo bajo el pretexto, sensato por otra parte, de que no se conocía lo suficientemente bien para correr el riesgo.

—Bueno — se dijo —, pues si no vas a cometerla, espabila.

O sí se conocía pero desconfiaba. A su manera.

Había desperdiciado un número indeterminado de esfuerzos intentando desconfiar igual que todo el mundo antes de convencerse de que, a la vista de tanto fracaso, parecía evidente que estaba condenada le agradara o no a desconfiar de una forma un tanto atípica... sí, puede, pero no menos fiable, a fin de cuentas y decidida a superar el golpe, que cualquiera de tantísimas otras con las que no acertó a identificarse ni aprendió a dominar a la hora de no dejarse seducir por unas apariencias que desaparecerían, se esfumarían sin haber tenido siquiera tiempo de encariñarse, siempre poco, con ellas.

Y recordaría, luego, si las cosas no se complicaban de forma que la vida se volviera tan intensa que sólo cupiese vivir el presente, al hilo y al momento y sin tiempo siquiera de echar la vista atrás un instante apenas, que al descruzar las manos se vio de refilón los dedos y, el meñique de la mano derecha sobre todo, le recordó a los niños.

¿Pero qué sucedería si se complicaban?

Pues que no recordaría, está bien claro.

—Eso se dice muy pronto — hubiese dicho; pero como no había quien la escuchase nada más lo pensó.

Versaciones de un chupaplumas

Sin acertar, por cierto

[8]

De todos modos y aunque pudiese parecer una niñería, si hubiera ante quién elevar la correspondiente súplica ella rellenaría con letra grande y clara el formulario pertinente solicitando conservar estas manos; pensó... «Y si cuela, cuela».

Y, si le cupiera, en ese espacio tan pequeño destinado a observaciones esgrimiría argumentos tales como que pobrecitos, necesitaban una madre como Dios manda porque... «Yo... ¿Qué edad deberé de tener ya?»

Bueno. Ahora se tenía que vestir y arreglar. Había dicho voy para allá y ella era una mujer responsable, o quería serlo, o se quería comportar igual que si quisiera serlo; que es, hasta donde la memoria le alcanzaba, lo que había hecho siempre poniendo toda la carne en el asador y aplicando todo su brío a tareas tan poco apasionantes como el permanecer ociosa, tardes enteras, arrancándose un granito o un pelo de una ceja y contemplando, apática, el rodar de los coches por el escalétric.

Al ponerse en pie se encaró con el espejo de la puerta del armario y, aunque la abrió con decisión y el movimiento fue rápido, tuvo tiempo según la deslizaba de acertar a sospecharse. O de verse, por error quizás, pero claramente y sin ambages; tal cual era y frente a frente.

Hubiera debido sentir uno de esos malestares tan enormes que la obligan a una a, con lo primero que pillas, darse un poco de aire. Y el no sentirlo la inquietó.

De cualquier modo, se podía ir tranquilizando porque la habitual sensación extraña que invariablemente le causaba el no sorprenderse de sí misma, hoy, sin saber por qué, no se había producido.

Le pareció tan extraño que pensó si esperar unos minutos por si se trataba de algún desajuste, algún problemilla de sincronización; pero se le estaba haciendo decididamente tarde y optó por tirar para adelante aunque fuese sin el inveterado temor que, no atenazándola, le dejó un desagradable vacío en la boca del estómago.

—Volverás pronto — auguró. Y como para sí, pasándose la mano por el pelo —: Esta ausencia no puede durar mucho.

En las perchas estaban sus vestidos y, en cajas alineadas, los zapatos que hacía siglos que ya no se ponía; con los letreros que antaño les pusiera, «rojos tacón», «sport beige», «ante negros».

¿Y las sandalias negras de tacón de aguja?

Pensando, un poco.

Porque pensando un poco se termina, ¡seguro!, recordando... Pero, y

Versaciones de un chupaplumas

Sin acertar, por cierto

[9]

si no era verano, ¿qué?

Ella tenía más bien calor, desde luego.

Pero podía ser un calor anticuado, de antes, de alguna vez en que bajo los efectos de un golpe de frivolidad fuera de vacaciones a algún exótico paraje tropical del que no conservaba ni rastro de memoria; tenía sí una remota noción de que estaba empezando a llover, aunque dudó entre tomarla en cuenta o sospechar que se lo había dicho para que se desanimara y no fuese.

—Pues me vas a oír — le dijo.⁸

—Puede estar actuando igual que tú: obedeciendo órdenes — se contestó, revisando las prendas.⁹

⁸ Al marido.

⁹ Y, las páginas, aunque por los pelos, también nueve. Y sólo desde las dos y veinte, como quien no quiere la cosa... (que cualquiera diría que lo he hecho adrede).

Pero como no me quiero poner de mal humor acordándome de Gutiérrez y de que por culpa de sus malditos ocho días de vacaciones pendientes no volverá hasta el próximo... (¡Mierda!), cierro la carpeta y me pongo la chaqueta y me encamino hacia la puerta... (¡Mierda!) y opto por regresar y volverme a sentar y tratar de pensar... (¿más mierda?) que posiblemente, a poco que lo intente, encontraré una razón convincente para ponerme de mal humor de una manera dif... (digamos “distinta”; y evitaremos una nueva *mierda*) que logro, al fin, encontrar considerando que es absurdo sentirse tan contento por haber logrado escribir de un tirón nueve páginas que qué son, después de todo, nueve páginas de mierda.

Y hundo, ahora ya sí desesperado, la cabeza entre las manos para, al cabo de un rato, entristecido pero resignado, terminar por quedarme adormilado; y recordar al despertar haber soñado que coloco, con el último sorbo de café ya un poco frío porque como siempre se me ha vuelto a ir el santo a un cielo que ahora cuando suba las persianas ya veré si es azul, redondito y en línea con el texto un punto que me gustaría llamar final; y pasar página.

Dejar estas nueve que llevo, así, tal como están, sin añadir ni quitar ni poner ni repasar ni revisar ni corregir ni lamentar y darme media vuelta y olvidar; olvidar y volver a nacer como si estuviera saliendo de nuevo del vientre nuevo de una ballena nueva como el viejo Jonás vomitado, arrojado tan lejos de todos los mundos conocidos por todos mis desconocidos de este mundo que nadie, nunca, me pueda volver a encontrar ni igual ni diferente a como dicen estar hallándome cuando, cuando me ven, me dicen por ti no pasa el tiempo o te veo muy bien o

Versaciones de un chupaplumas

Sin acertar, por cierto

[10]

muy mal y empezar otra, en blanco, inmaculado, en el que dar a ciegas casi siempre casi nunca en el centro de un algo que dudaré, sospecho, cuando lo esté teniendo en frente, estar sabiendo o no identificar, reconocer como el objetivo último, sereno y ponderado, que todo mi ser desea alcanzar para, también como siempre y bien despierto, volverme a exceder...

– ¡Mierda!

Mi amigo dirá (imagino) que eso me pasa por meterme en complicaciones innecesarias numerando las páginas; pero como no quiero volver a excederme no le contestaré.